UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO
LA JOLLA, CALIFORNIA

0 0 0 7 3 7 9 5 0 6
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA
Miembro de número de la Academia de Historia

MUJERES DE LA COLONIA

BOGOTA
"EDICIONES DEL CONCEJO"

presented to the
UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SAN DIEGO
by
MRS. PETER NICOLOFF

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA
Miembro de número de la Academia de Historia

MUJERES DE LA COLONIA

IMPRENTA MUNICIPAL—BOGOTA
"EDICIONES DEL CONCEJO"

A Miss Elizabeth Hastings.
Cordialmente.
Guillermo Hernando de Alba
Bogotá, Julio

MUJERES DE LA COLONIA

¡Loor a la raza vencida! La que fue libre como el viento de sus sabanas y tuvo la grandeza de sus cordilleras; la que en maravillosa concepción de lo eterno adoró a Sué y entonó sus cantares a Chía. Sus guerreros de leyenda, sus príncipes cubiertos de oro, sus jeques guardadores del secreto de una raza, sus mujeres, floraciones de vigor y pasiones.... fueron arrollados bajo la pujanza del conquistador ahito de oro. ¡Loor a la raza vencida! La mujer chibcha digna es de cantarse por troveros y juglares; admiremos la línea de su cuerpo bronce, miremos sus ojos bravíos, busquemos su espíritu y adivinémosla con todas las pasiones y virtudes; admirémosla madre y amante, guerrera o vestal, que antes de la mujer de la colonia lo fue la chibcha. Busquemos las crónicas que la recuerdan tocada de cascabeles y plumajes, de mantas más preciosas que los brocados de tisú del guardainfante y las tenues basquiñas de encajes de Nápoles y Brujas.

La india caribe.

Juan de la Cosa, el intrépido explorador de nuestra costa atlántica, lucha ahora en Turbaco. Los caribes no están solos; admirad sus mujeres en cuyas manos la macana y las flechas son rayos. Caen los hombres, permanecen ellas, no les intimidan los monstruos que robaron a Sué sus vestidos y arrebataron el rayo para herir caribes. De veinte años escasos, empuña la macana y uno tras otro caen los españoles, en tanto que

sus compañeras ponen el veneno en las flechas de sus hijos y esposos. Es bronce la india; los músculos contraídos, la mirada en acecho, recógese la felina, corta el viento la flecha emponzoñada y el grito de triunfo, robado a la fiera que tiene su guarida en la selva milenaria que la caribe defiende, cuenta uno más. ¡Son ocho! Y en Turbaco, cantó el caribe su triunfo, las fogatas alumbraron el campo de muerte, y en loca bacanal rindióse por vez primera la caribe en los brazos del soñado guerrero. Y así, como Juan de la Cosa, que en Turbaco terminó sus días, el licenciado Enciso hubo de mirar a sus pies, heridos de muerte por mano de mujer, diez de sus más valientes servidores. Ellas, que tenían hondo el secreto de la feminidad, hacíanse fieras cuando se trataba de defender la patria de sus hijos.

No parecían mal los blancos dientes,
Y el torcido mirar con ojos bellos
De las desnudas ninfas destas gentes,
Y las peinadas crenchas de cabellos
Con las preseas ricas que pendientes
Van de nariz, orejas y de cuellos;
Muñecas y molledos rodeados
De brazaletes de oro mal labrados.

(Joan de Castellanos, canto 1.º parte 2.ª)

La serrana del Opón.

Sigamos ahora a Jiménez de Quesada. Los hombres centauros que guía doblegados están por la fatiga, por el hambre; cuarenta granos de maíz forman la diaria ración de cada soldado que ya no puede más, "cubiertos van de llagas y de granos". Las selvas del Opón, la escabrosidad de los precipicios limitan sus arrestos poderosos; ya echan pie atrás cuando sus ojos febricitantes y de mirar de locos, adivinan un fresco sendero. Pisadas humanas le cruzan, avanzan enloquecidos, y frente a ellos admiran un aislado bohío. Un viejo le habita: es su hija garrida moza que no se intimida ante los dioses que la suerte le envían, quizás los esperaba. Guardaba ella en su pecho dura pena; su cacique, que en este día celebraba sus esponsales, la había rechazado; a ella, que al mirarse en la fuente fue besada por Sué y cuyo cuerpo vio cubrir muchas veces con el resplandor de Chía. Brillaron los ojos de la se-

rrana, en su pecho núbil oyó llamar la venganza; tornó a mirar hacia el cercado distante donde soñó ofrendarse a su jefe, pero él ya tenía esposa. Columnas de humo se elevan en honor de Nencatacoa, inspirador de los que ahora, enloquecidos por la chicha, danzan en infernal zambra alrededor de los tizones. Y sintió la muisca que su pecho ardía más que aquella hoguera y se quemaba de celos. Y dijo al español: Os guiaré a las tierras de mi tribu; cacique, jeques, guerreros, son ahora víctimas de Nencatacoa, volad y os juro alcanzaréis rico desquite. Escasos eran los compañeros de Sanmartín, a quienes cupo llevar al Adelantado Quesada tan buenas nuevas. Regresan presurosos, animan a los ya moribundos héroes, reanímanse sus cuerpos enflaquecidos y avanzan. Se acercan al bohío y la chibcha, que sintió el amor y se vio despreciada, corre a su encuentro. El cacique, sabedor de la presencia de los extranjeros, prepara su emboscada; la india lo sabe, doblega su orgullo, que primero está la venganza, va hasta él, se le ofrece tentadora y sabe de su jefe que los españoles no pasarán. ¿Qué sería de su venganza? Por eso la vemos salir al encuentro de los hombres velludos a decirles que el chibcha se apresta a batirlos. "Al rayar el día siguiente fueron acometidos los españoles por crecido número de indios, hácenles conocer el temple de las armas europeas y la diferencia de éstas a las flechas, dardos y macanas," y desde este instante fue de España la tierra que cantaron los conquistadores y por ellos Juan de Castellanos

Diciendo: ¡Tierra buena! ¡Tierra buena!
Tierra que pone fin a nuestra pena.
Tierra de oro, tierra bastecida,
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
Tierra donde se ve gente vestida,
Y a su tiempo no sabe mal la brasa;
Tierra de bendición, clara y serena,
¡Tierra que pone fin a nuestra pena!
¡Tierra do se destierran las malicias
De todas estas vivas pestilencias
Y sus valles y cumbres son propicias
A nobles generosas influencias!

La mujer chibcha.

¡Tal era la tierra de la raza vencida! Dos años bastaron para privarla de su independencia, de sus jefes, de su libertad y hasta de su idioma, "a impulsos de la más cruel, ciega y perseverante persecución, que ha conseguido borrar aun su nombre mismo del catálogo de los pueblos que existieron, condenando a sus descendientes al olvido total de su cuna".

Chiminigagua, la hermosa Bachue, Bóchica, Nencatacoa, Cuchavira, Chibchacúm, borráronse de la memoria de los hombres.... Las doncellas no volvieron a soñar con la esperada manta hecha con primor por su amado y que era el rito de aceptación o rechazo; las noches fueron desde entonces eternas y monótonas porque a las puertas del bohío de la prometida no volvió a sentarse el hijo de Chibchacúm sediento de ternuras, ni las manos morenas volvieron a tenderle a éste, mediada la noche, la totuma de chicha probada por los labios que esperaba para sí y que era la señal de que su amor triunfaba. Jamás volvieron a cruzarse los brazos de los desposados y en los labios del jeque murieron para siempre las preguntas sagradas: Mujer, prefieres el Bóchica a tu marido, éste a tus hijos? ¿Amarás a tus hijos más que a ti misma? ¿Te abstendrás de alimento cuando tu hombre esté hambriento?

Pasaron los chibchas con sus tiguyes y sus ritos solemnes; por sobre ellos se irguió el himno de triunfo:

Nuestros sean su oro y sus placeres,
gocemos de ese campo y ese sol;
¡Hurra! Volad: sus cuerpos, su tesoro
huellen nuestros caballos con sus pies.

(Espronceda).

Pero en medio de los himnos del triunfo, se destaca maravillosa la descendiente de la Bachue. Admirémosla madre. Innumerables prisioneros han hecho los españoles desde aquel día en que la serrana del Opón les abrió el camino de la tierra buena. Acampan ahora en el maravilloso Vélez; todo es contento y triunfos. Y

Estando, pues, en este regocijo
una india, tendidos los cabellos,
que debió de huir en el cortijo
cuando los enlazaron por los cuellos,
con amor entrañable de su hijo
se llegó sin temor de todos ellos;
y admirados de ver cosa tan nueva
deseaban saber qué causa lleva.

La cual, como con otros lo vió vivo,
en brazos lo tomó con ansia viva,
y con aquel ardor caritativo
que de todo temor a muchos priva,
dijo: "Pues eres, hijo, tú captivo,
no quiero yo huir de ser captiva,
ni dejaré de ir donde tú fueres
y allí moriré yo donde murieres".
.....

Y pues pintamos indios fugitivos,
quiero decir de cierto lusitano
una maña donosa muy reída,
que para huir tuvo su querida.

Era india bozal, mas bien dispuesta;
y el portugués, que mucho la quería,
con deseo de vella más honesta
vistióle una camisa que tenía;
hízola baptizar, y con gran fiesta
debió celebrar bodas aquel día;
que en entradas vergüenza se descarga
para poder correr a rienda larga.

(Castellanos)

Todo sonreía al buen portugués, y hete aquí que a la agraciada chibcha, que había hecho perder el juicio al extranjero, no le pareció muy agradable permanecer para siempre unida a su nuevo esposo, y

Levantóse del lusitano lado
y sentóse no lejos dél, que estaba
los ojos en la india, con cuidado
de mirar si a más lejos se mudaba;
siendo de su mirar asegurado
viendo que la camisa blanqueaba,
la india luégo que la tierra pisa
quitóse prestamente la camisa.

Y al punto la colgó de cierta rama
por cebo de la vana confianza;
aprestó luégo más veloz que gama
con el traje que fue de su crianza:
èl pensaba lo blanco ser la dama,
mas pareciendo mal tánta tardanza,
le decía: "ven ya, miña Tereya,
a os brazos do galán que te deseya".
.....

Viendo no responder, tomó consejo
de levantarse con ardiente brío,
diciendo: "¿cuidas tú que naon te vejo?
Véjote muito bien per o atavío".
Echóle mano, mas halló el pellejo
de la querida carne ya vacio;
tornóse, pues, con sólo la camisa
y más lleno de lloro que de risa.

(Castellanos)

La bella Zoratama.

Pero si al portugués le fue tan mal con su amor indiano, su compatriota Lázaro Fonte, gallarda figura de la conquista, cautivó para siempre el amor de una chibcha que hubo de salvarle la vida. Y va de cuento:

Se indispone Lázaro Fonte con el General Quesada, quien le condena a muerte. Sus compañeros de armas se empeñan por el bravo capitán y ven con placer trocada la última pena por el destierro. Pero cuán pasajero fue el contento; Fonte iría a las tierras de los panches, los feroces enemigos de españoles y chibchas; el Capitán estaba perdido.

Dejáronle en Pasca, cuyo pueblo abandonó la gente a presencia de tánto español, y allí quedó sin armas y sin más compañía que la de su india de Bacatá, que le había cobrado amor y jamás le desamparaba. "Puesto Lázaro Fonte en aquel sitio, y con varonil ánimo expuesto a los accidentes de cualquier fortuna, pasó aquella noche sin más compañía que la de aquella india que se quedó en su servicio, y no quiso desampararlo; y teniendo por infalible su muerte, vuelto a Dios en quien únicamente libraba ya su defensa, se disponía para morir arrepentido de sus culpas; pero apenas amaneció el día siguiente, cuando la india, compañera de sus trabajos, se vistió con la mayor gala que pudo, conforme al uso de aquella tierra, y como pudiera la más principal de sus cacicas; y como era de hermoso rostro, poca edad y mucho aire, disposición y gallardía, parecióle haber conseguido la traza de que pretendía para su intento. Encaminóse pues así a la entrada del pueblo por donde sospechaba volvería la gente, que se había retirado a los montes, en cuya elección no se engañó; pues apenas llegó al sitio, cuando apareció un escuadrón de gente bien armada, que viendo a la mujer forastera en traje de señora de las de Bogotá, a que se añadía la hermosura del rostro, paró el escuadrón, alterados y confusos los indios con la sospecha de que todavía ocupaban su pueblo algunas tropas de caballos españoles. Pero ella conociendo la causa, que los detenía, en un razonamiento bien ordenado y cariñoso (porque la necesidad y el amor son los retóricos más eficaces) les dijo: que llegasen sin recelo de encontrar quien pudiese hacerles daño en sus tierras, antes hallarían en ellas un hombre hijo del Sol, que más deseaba defender sus vidas de peligros, y ampararlos en su libertad. Que allí lo verían aprisionado en la casa más vecina (proseguía cautelosa) porque contradecía y se oponía al Capitán general de los españoles, que pretendía destruírlos, de que sentido había dispuesto lo llevasen preso a aquel sitio, diciendo que quien tan amigo era de Pasca, fuese a verlo, y allí vería que el agradecimiento, que hallaba en la canalla vil, que defendía, sería darle la muerte luégo que lo encontrase, y que así lo habían llevado desarmado veinte y cinco caballeros con designio de saquear y quemar el pueblo de Pasca, a que el hijo del Sol no dio lugar, ni lo permitió, aunque se hallaba sin armas, y aprisionado, porque su valor era tan gran-

de, que aun en aquel infeliz estado lo respetaban, y con esto hallarían sus cosas seguras, y sus bienes libres, como podrían certificarlo con la vista; y después de haberlo hecho considerasen, si beneficios tan grandes serían dignos de mala correspondencia, y hombre tal, merecedor de que lo sirviesen y honrasen como a defensor de la patria, y vidas. Que todos los vicios juntos parece que no hacían a un hombre malo, si nó los acompañaban con la ingratitud, el más detestable de todos. Que no diesen lugar a que ésta les ocupase el corazón, sino la clemencia y amistad, que debían tener de justicia....

"Tánto arte y buena gracia juntó la india a sus palabras, que sin sospecha de que en ellas pudiese haber engaño, fue creída de todos". Salvóse así la vida de uno de los más bravos capitanes de la conquista, y con este relato tenéis una de las más bellas páginas del historiador colonial Fernández de Piedrahita.

Tornóse la mujer chibcha en fiel aliada de su dominador. La sangre de España, añejo vino, se mezcló apasionada en los nuevos odres de América. Surgió el *mestizo*, fruto primogenio de conquista, y poco a poco los reductos de la poderosa raza que desciende de la Bachue, se hicieron a su triste destino; nunca más volverán a surgir; pasarán los siglos y la raza vencida, en parpadeos de muerte, destellará antes de apagar su fanal en la atrayente figura del Comunero Ambrosio Pisco, Príncipe de Chía y Cacique de Bogotá, y en los aguerridos y dóciles lanceros de Boyacá y Cundinamarca, que en días de gloria presentarán su pecho al plomo que quiere dominar el incendio de la Independencia; que la tierra de Bóchica no será dos veces conquistada. Así pasaron los chibchas....

La mujer del siglo XVI.

1540. Jerónimo Lebrón, hombre de empresa avanza hacia el interior del reino. Más de doscientos soldados le acompañan. Trae la civilización! Hombres casados con sus mujeres e hijos y doncellas atrevidas, de ánimo resuelto; trigo, cebada, garbanzos, hortalizas estrechan el campo de las angostas piraguas que avanzan Magdalena arriba. García de Matamoros, el primer maestro de escuela, exhorta y anima a las valerosas hijas de España que serán origen de la mujer de la colonia. Que si faltan palabras para ponderar las haz añas de los caudillos de la

Doña María Pardo Velásquez Dasmariñas, dama española del siglo XVI, esposa del conquistador don Francisco Beltrán de Caicedo (Quinta de Bolívar).

conquista, el ingenio se queda corto para alabar la temeraria empresa de las primeras mujeres que, en pos de sus esposos y sus hijos, o en busca del amor que las guía hacia las tierras del Bogotá, siguieron a Jerónimo Lebrón en el año 1540.

Elvira Gutiérrez, mujer de Juan Montalvo; Isabel Romero, de Juan Lorenzo, de quienes nació, en pleno Magdalena, la primera mujer criolla, doña María de Céspedes; Catalina de Quintanilla, de Francisco Gómez de Feria, y Leonor Gómez, mujer de Alfonso Díaz. Su espíritu animoso perdura en Santa Fe, en Tunja, en Vélez.... La encomendera dulcificó la acritud del conquistador, y ahora sí que no sabe mal la braza y es ésta tierra de bendición, clara y serena, y sus valles y cumbres son propicios a nobles y generosas influencias.

Atemperada la hirviente sangre del conquistador, sosegada la india porque tiene quien la ampare, el antiguo bohío cierra sus abiertos contornos y el hogar de Castilla, trasplantado a este paraíso, dejará huellas perennes en el Nuevo Reino de Granada.

A Lebrón siguen sus pasos de progreso Alonso Luis de Lugo, que trae nuevas mujeres españolas y poderosos elementos de civilización, y Miguel Díaz de Armendáriz, con renuevo de familias castellanas.

Política y faldas.

Fundada la Real Audiencia—1550—mézclanse en las crónicas de Santa Fe política y faldas. Permitidme decir con Rodríguez Freile, el celebrado autor del Carnero: "¡Oh hermosura, causadora de tántos males! ¡Oh, mujeres! No quiero decir mal de ellas, ni tampoco de los hombres; pero estoy por decir que hombres y mujeres son las dos más malas sabandijas que Dios crió". Enojados andaban el capitán don Antón de Olalla y los oidores. El de Olalla tenía buena amistad con persona cuyo carácter callo, a quien los oidores desterraron de esta ciudad. El caso fue, cuenta el cronista, que el fraile y el uno de los oidores, que ambos eran mozos, se encontraron en casa de una mujer hermosa, que hacia rostro a entrambos, donde tuvieron su enfado. De este encuentro nació salir el amigo de Olalla desterrado. Y de aquel año del Señor de 1552 arranca deliciosa cosecha de picardías que mucho hubiera dado que

reír al Diablo Cojuelo, si aprovechando la maleta de don Alonso Vélez Ladrón de Guevara, pariente de su padre Luis, hubiese hecho viaje a estas tierras de Santa Fe. Pero quédense para el Cojuelo estas y aquestas travesuras, las infidelidades conyugales, los amores mal habidos que origen fueron de crímenes atroces, que cuando amor desarreglado toca, no engendra sino crímenes y licencias. Y vengamos ya a la mujer de la colonia, a la que yo entiendo por tal, que si alguno de los que me escucha gusta más de las historietas de sabor picante, vaya a buscarlas en Rodríguez Freile, que harto solazado quedará con los edificantes cronicones del santafereño.

Siglo XVII.

Evoquemos a la mujer de Santa Fe, a la tunjana, a la payanesa.... la que queráis, que el ambiente es el mismo. *La Casa.*—Recia fortaleza, amplio y acogedor portalón que ostenta heráldicos escudos o la cifra de Jesús. Zaguán de descansados poyos donde los sábados se dan cita los pordioseros de la incipiente ciudad. Trasportón de no menguadas proporciones amparado con la imagen de San Ignacio, reto al demonio tentador. Entreabramos la puerta. Amplios corredores se pierden en discreta penumbra. Columnatas poderosas sostienen los arcos que se asoman al bello jardín, donde crecen en desorden las clavellinas, las rosas de Francia, el miosotis que quiere ocultar a la modesta violeta, el geranio andaluz cuyos vivos colores ponen aire de fiesta entre la mejorana y la yerbabuena, que sombrean los naranjos en flor. De uno de los extremos del corredor arranca descansada escalera, labrada en piedra de Hatoviejo, o de las canteras vecinas. En el descanso, colosal San Cristóbal nos detiene. Todo asume pretensiones de eternidad. Como sombra entre las sombras, pasa presurosa la esclava con su basquiña blanca de bordados negros y su falda roja; sus pies anchos y cuadrados apenas si producen ruido al posarse sobre las frías baldosas de la casa. Todo es silencio. Sólo el murmullo de la fuente anuncia allí la vida.

La madre, de seno abrahámico, según el agudo decir de Rueda Vargas; el padre, en cuyo semblante rara vez se dibuja la sonrisa, y la prole, verdadera tribu de año en año aumenta-

Dama santafereña del siglo XVII. Joya pictórica de autor desconocido que se guarda en el Museo de Bellas Artes de Bogotá.

da, amén de cuatro o más esclavos, cuyos blancos dientes pelan con facilidad para celebrar las gracias de sus amitos, constituyen la familia payanesa, tunjana, bogotana..... Sólo en la amplia cocina, o en la paradisíaca huerta, se oyen de tarde en tarde las risas juguetonas de los niños que no perdonan la ocasión de hacer sabrosas pilatunas a los pobres esclavos. Inundan los poderosos muros, desafiantes del tiempo, lienzos enormes que recuerdan pasajes de la historia sagrada, y como las figuras dibujadas por balbuciente pincel colonial o por mano maestra, todo es quietud y penumbra. El salón colgado de damasco carmesí en las casas ricas, embadurnado de cal en las más, guarda en figuras que ponen miedo la poderosa efigie del conquistador, de su corpulenta mujer, y tras ellos siguen una, dos generaciones de criollos, de rostros terrosos y quietud de muerte, que lucen orgullosos la cruz del santiaguista o del calatravo, y el escudo familiar que se repite desde el portalón. Un cristo exangüe, venido de tierras españolas, completa el toque funerario de aquel mausoleo; las sillas de amplias curvas, las mesas leonadas en las que el artista no economizó el oro, los holgados cojines, los adornados banquitos y los historiados bargueños, completan aquel cuadro de pasadas grandezas....

De aquel ambiente surgieron las ilustres matronas de la colonia, las heroínas de la independencia; las que deshojaron sus vidas a los pies del Crucifijo, cantaron en sus obras los divinos deliquios y maceraron sus carnes virginales con disciplinas y ayunos.

La mujer de la colonia, "educada sólo para la vida doméstica, no obstante la sinceridad de su fe cristiana, pasaba su existencia en un encierro semi-morisco, mirando el mundo a través de estrechas celosías; y no figuraba en sociedad sino después de que, unida al esposo que se le señalaba y que no tenía la libertad de rehusar, venía a ser la segunda persona de una nueva familia. Apenas se conocía la vida de los salones; la moda no imponía la ley de sus caprichos, y ni la música, ni el canto, ni el dibujo, ni la literatura nacional, ni menos la extranjera, matizaban con sus flores ese vivir monótono y oscuro". La copla de entonces decía:

Prendarse de quien le cuadre
No es lícito a una doncella,
Pues entonces atropella
Los derechos de su padre.
A él toca la elección
De esposo para su hija,
Y ella a quien su padre elija
Darle mano y corazón.

Pero tenían otro camino: doña Catalina de Céspedes, que después se llamó de Jesús, doña Ursula y doña Isabel de Villagómez y Campuzano, que fundaron el 29 de septiembre de 1592 el convento de la Concepción; doña Elvira de Padilla y sus tres hijas, las primeras Carmelitas descalzas de Santa Fe; Damiana Arias de Ugarte, Juana de Jesús e Isabel de la Santísima Trinidad, sus sobrinas, que abrazaron la dura disciplina de las Clarisas (12 de enero de 1625); doña Antonia de Chaves viuda de Lope de Céspedes, sus hermanas Beatriz y Ana y su sobrina Eufrasia de Cristo, en cuya compañía fundó, el 19 de julio de 1645, el convento de Santa Inés, abrieron a la mujer colonial el único asilo seguro y perdurable a donde fueron a esconder las congojas de su corazón en mala hora prendado de galán prohibido, o a consumar la elevación de sus espíritus hechos para amar y aferrados al Divino Amor. Las de manos liliales y rostros pálidos que florecían en los pseudo conventos de los hogares santafereños, entre olor de alhucemas y papayas, el cantar monótono del agua y las páginas eternas del Año Cristiano.

En las calladas horas de la noche, la plegaria del convento y el rasguear de la guitarra, traían a sus corazones los únicos dos caminos.... Y cuántas veces, pequeñitas, correteando alegres por los soleados patios y los amplios corredores, veían extrañadas la grave visita de un caballero de Santiago, de un marqués de Quintana de las Torres, que venía a concertar el matrimonio de la pequeña para más tarde, obligándose los padres a ello con enormes sumas.

¡La mujer de la colonia! Tímida, enfermiza como flor de invernadero; madrugadora como las palomas que venían a picar en sus manos de lirio la apetitosa granza; de corazón generoso, siempre lista a defender al esclavo que de sus labios aprendía las oraciones y las verdades de la iglesia que

ella recogió de la madre, dulce, sufrida, caritativa, que muchas veces guardaba en el fondo de su corazón el sacrificio de su vida, unida por sus padres al hosco compañero de sus días; pero era madre y sus hijos atenuaban en su cristiano pecho, incapaz del rencor, las duras horas, las lágrimas que allá, en el recinto sagrado de la recámara, le hizo derramar el compañero que sus padres le dieran.

Nacidas de hidalga estirpe, injertadas al añoso tronco ibérico, crecidas en un hogar de cristianos y caballeros, "hermosas con buen aire y discretas con agudeza cortesana", modelos de esposas y de madres, asaz religiosas, patronas de instituciones y capellanías, caritativas por demás, eruditas y sencillas, lectoras y admiradoras de los antiguos ingenios. Y no es cosa de extrañar que de tales madres nacieran hijos que fueran a aumentar las no escasas comunidades religiosas, que no fue sorpresa tropezar con el caso de los hermanos Betancur y Figueroa, o en tiempos posteriores con los Padillas, entre los que hubo dos religiosos agustinos, dos candelarios, dos franciscanos, dos monjas de Santa Inés y una carmelita, lo que hizo exclamar a Manuel Pombo, el inolvidable ingenio bogotano: "Pero la señora madre de los Padillas tenía entre sus cualidades, vientre de Concilio Ecuménico." (1)

---

(1) En gracia de la anécdota, va la cláusula 4.a del testamento otorgado en Santa Fe, a 19 de abril de 1792, por la señora madre de los Padillas.

"Item.—Declaro que fui casada y velada, según el orden de Nuestra Santa Madre Iglesia, con don Alexo Padilla, ya defunto, y en el tiempo de nuestro matrimonio tuvimos y procreamos por nuestros legítimos hijos a María Josefa de San Francisco, religiosa profesa en el convento de Santa Inés; Al Reverendo Padre Fray Alexo de Nuestra Señora del Campo, religioso sacerdote en el convento de Agustinos descalzos; Al Muy Reverendo Padre Maestro Fray Agustín, actual Provincial en el convento de Agustinos calzados; Al muy Reverendo Padre Fray Gaspar, religioso sacerdote en el convento de San Francisco; Al muy Reverendo Padre Maestro Fray Diego, religioso en el mismo convento de Agustinos calzados; A Bárbara de la Santísima Trinidad, religiosa profesa en el citado convento de Santa Inés; A Teresa del Santísimo Sacramento, religiosa en el monasterio del Carmen; Al Reverendo Padre Fray Joaquín, religioso sacerdote en el dicho convento de San Francisco; Al Reverendo Padre Fray Francisco, religioso que fue en el mencionado convento de Agustinos descalzos, ya defunto; A María Ventura, quien falleció en la edad de diez y seis a diez y ocho años; A Teresa, quien falleció de un día poco más, a todos los que declaro por tales mis hijos legítimos, y del dicho don Alexo Padilla mi marido, para que conste".

¡Lástima grande que se hubieran malogrado dos niñas, sin alcanzar a tomar estado! El cuadro sería completo.

De este "mujeriego de sobresaliente hermosura, donaire, agudeza y discreción", unas hubo como la preciosa doña Cecilia de Caycedo y Fajardo, o la inolvidable María Lugarda de Ospina, evocada ante vosotros por el doctor Raimundo Rivas y cuyo espíritu adivinó magistralmente el autor de *Zoraya*, que ofrendaron sus encantos a los altos magnates de la colonia como Manso y Maldonado, el Presidente, y Solís y Folch de Cardona, el más noble virrey que contara el Nuevo Reino. O de arrestos tan poderosos como la monja Juana Clemencia de la Barcés y Pando, cuñada del primer conde de Santa Cruz de la Torre, que en vísperas de profesar huyó del palomar a los brazos amantes de don Domingo de la Rocha Ferrer, más tarde oidor de Santa Fe, o María Clemencia Lozano, la hija de los marqueses de San Jorge, que en rasgo imperecedero, burlando la vigilancia y los rigores paternos, de brazo de su prometido Juan Esteban de Ricaurte, pidió, "con estrépito y alboroto que escandalizó a los circunstantes" en plena Catedral, la bendición de su enlace, del que habría de nacer la fulguración de San Mateo.

Y otras, que a hurtadillas eran tema de conversación en los costureros de las guapas criollas, como aquella doña Guiomar de Sotomayor, a quien habiéndosele ausentado su marido para España, entróle el deseo o curiosidad mujeril de saber dónde se hallaba y cuáles eran sus ocupaciones, deseo que comunicó a unas mulatas de quienes por lo bajo se decía eran grandes hechiceras. Las buenas mujeres se aprestaron a complacer a la afanosa doña Guiomar y en una batea de agua hicieron sus invenciones, resultando que en el fondo del agua apareció nuestro caballero haciendo cortar gala de grana para prohibida amiga. Alzase en celos la Sotomayor, ruega a las mulatas le den los medios de poder comprobar al infiel su grave falta; mete la mano en la vasija la cuitada y saca de ella la manga que en ese instante acaba de cortar el sastre. Guárdala afanosa y llena de alegría, que ya tiene arma poderosa para vindicar su amor. Tiempo después regresa mi fresco amigo Hernando de Alcocer; reconviénele su mujer y éste, desconcertado, le cuenta haber sucedido cortar la gala y desaparecido una manga, que el diablo se la debió de llevar. Cuál hubo de ser su sorpresa cuando su digna compañera muéstrale tamaño cuerpo de delito. Cuitado quedó Alcocer, que otra cosa hubiera sido si él,

desde las tierras de donde venía, hubiera mirado en el fondo de otra batea preparada por manos tan hábiles como fueron las que auxiliaron a su indignada esposa.

Y cómo ponía rubor en las frescas mejillas de las criollas la historia de aquella preciosa dama, mujer del licenciado Gaspar de Peralta, a quien le sucedió que, no considerando el honrado marido que tenía y desvanecida con su hermosura, puso su afición en un mancebo rico, galán y gentil hombre. "Peligrosa cosa es tener mujer hermosa, escribe el autor del Carnero, y muy enfadosa tenerla fea; pero bienaventuradas las feas, que no he leído que por ellas se hayan perdido reinos ni ciudades, ni sucedido desgracias".

Las más siguieron la tradición de sus abuelas e imitaron a la ilustre doña Juana Ochoa de Olariaga Ocariz, que en medio del boato de su vida y ostentación de su casa, fue ejemplo de grandes maneras cortesanas con las que paliaba su gran caridad y bellas prendas. O bien a doña Marina de Bohórquez Maldonado, que mereció al decir de Ocariz nombre de madre de su familia, o, por último, a doña María Rodríguez, a quien sus padres favorecieron con un marido de rígida condición, gran trabajadora y de rara virtud y que traía de continuo cilicios y cadenas que lastimosamente la llagaban y que hubo de reemplazar por un saco de cerdas más ligero de llevar.

"Dichosa es esta ilustre y noble ciudad de Santa Fe—escribía Fray Pedro Villamor en 1723—, pues en ella, además de otras personas claras en virtudes que han nacido y muerto con opinión de santas, nació doña Francisca Beltrán de Caycedo, así apellidada en el mundo, pero después de haber huído de él y sus vanidades, y haber refugiádose al seguro de la religión del convento, llamada Francisca María del Niño Jesús, cuyas virtudes ejercitadas en el transcurso de su ejemplar vida, hasta su dichosa muerte, pueden servir de grandeza para su patria."

Las grandes figuras del siglo XVIII.

Cuatro hubo, bien pocas parecen, que llenaron con sus nombres las más bellas páginas de la vida colonial. Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara, monja de Santa Clara de Tunja, su ciudad natal, y fallecida en olor de santidad en 1742. Dejó escritas su "Vida" y sus " Sentimientos espiritua-

les", que han hecho de la humilde religiosa la primera escritora colonial, y su prosa, al decir de Menéndez y Pelayo "es digna de Santa Teresa". No he de evocar su figura que entre mis oyentes está quien supo hacerlo con galanura digna de la heroina. (1)

La fundadora.

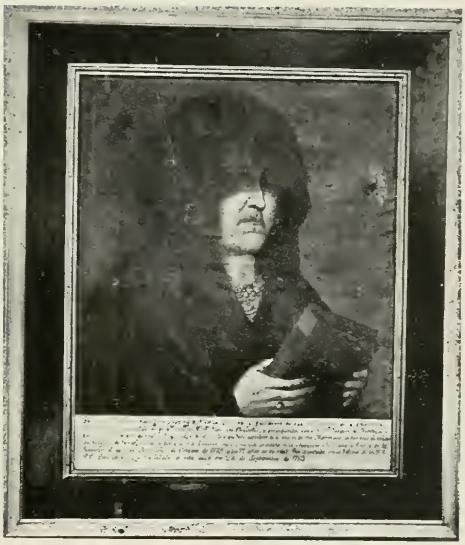
En pos de ella surge maravillosa la ilustre matrona que con su obra marcó la redención de la mujer santafereña. Doña María Clemencia de Caycedo y Vélez Ladrón de Guevara, a quien "se debe la fundación de la única casa de enseñanza de la juventud de su sexo, que hubo durante la colonia en esta capital y en todo el reino".

¡Doña María Clemencia! Por sus venas bullía la más rancia nobleza, su espíritu lo adornaron las más bellas virtudes. En plena juventud quedó viuda de don Francisco Javier de Echeverri y dueña de cuantiosa fortuna. El único fruto de su amor fue ilusión que hizo palpitar furtivamente su corazón maternal.

De años atrás, la ilustre matrona dedicaba sus caudales al mantenimiento de ochenta y más mujeres del pueblo, que durante dos semanas anualmente se reunían a tener ejercicios espirituales y un día en el mes a dedicarse a la oración. En el desarrollo de tan caritativas obras surgió el proyecto de dedicar su fortuna a la fundación de un convento de religiosas, propias para la educación de doncellas, idea que participó al Virrey en agosto de 1766, en solicitud de la aprobación real. Cuatro años hubo de esperar doña María Clemencia. Por fin, el correo de la Península trájole la anhelada cédula de aprobación fechada en el Pardo a 8 de febrero de 1770. Comienza a trabajar con ánimo resuelto; duras pruebas la esperan, la crítica mordaz le arroja su baba, pero al fin el 12 de octubre del año siguiente presenció la dormida capital suntuosa ceremonia que largo sería de describir. Se bendijo la primera piedra del asilo que habría de dar refugio a la inocencia.

---

(1) Alude el autor a Daniel Samper Ortega.



Doña María Clemencia de Caycedo y Vélez, ilustre matrona santafereña, fundadora del Colegio de la Enseñanza.

Desde este día consagráronse doña María Clemencia y su segundo esposo don Joaquín de Aróstegui a coronar su obra. Las muchas enfermedades de aquélla y el fallecimiento de éste demoraron la realidad feliz; por último, la ilustre dama cargada de años, de penitencias, de afanes, de pesadumbres y de copiosos méritos, rindió su vida en el Señor el 2 de octubre de 1779 a los sesenta y ocho años y diez meses de su edad. A su muerte dejó concluídos la iglesia, el convento y las aulas para las colegialas y para las niñas del pueblo. Por fin el 18 de marzo de 1783 se dió hábito a las diez piadosas mujeres que abandonando el mundo habían de consagrarse a educar e ilustrar a la juventud femenina del Nuevo Reino. La historia ha guardado los nombres de las fundadoras del primer Monasterio de la Enseñanza de Monjas Benitas llamadas Esclavas de la Virgen, y el recuerdo de sus virtudes perdura en los hogares descendientes de las doncellas que educaron para la independencia; que no hubo entre estas diez vírgenes fundadoras ninguna necia como entre aquellas diez de la parábola evangélica.

Gran regocijo fueron para Santa Fe los veinticinco carteles, que en la mañana del 2 de abril de 1783 aparecieron fijados a las puertas de las iglesias: "Aviso al público—Que en el día veintitrés se abren las Escuelas en la casa fundación de la Enseñanza, y da principio en ellas a la de las niñas jóvenes, así de fixo establecimiento como entrantes y salientes; para que las personas que pretendieren su efecto, ocurran a tratar el asunto con la Superiora de dicha casa".

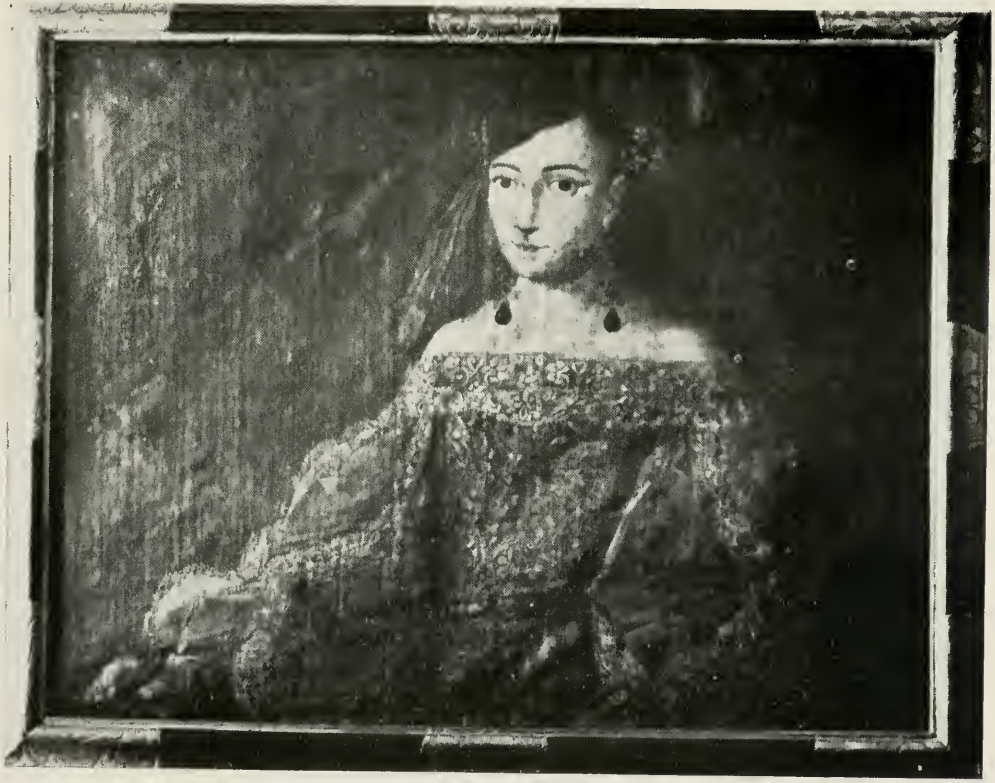
Veinticinco colegialas de la nobleza bogotana ingresaron a las nuevas aulas y más de doscientas niñas, hijas del pueblo, llenaron los salones del nuevo instituto. Se les educa para la vida doméstica. Sus manos se adiestran en toda clase de labores; gatatumbas, tejidos en rengé, bordados con sedas e hilo de oro; hacen medias, encajes y botones espigados; cosen camisas, enaguas y mantillas; remiendan, hilan, pedacean y cojen puntos a las medias. Leen, escriben y algo de contar aprenden, se instruyen en la doctrina cristiana, según el Abate Fleury, y reciben explicaciones de la misma por el impreso que a Santa Fe envió nuestra Madre Petronila Aspérregui, Priora del Convento de la Enseñanza de la Real Isla de León. Los libros de lectura, que la colegiala trae de su casa, son de ordinario

vidas de santos y pocas veces "algunos de diversión con tal que no sean aquellos que puedan corromper las costumbres o que de algún modo se opongan a las máximas de una buena educación". Y ahora se me ocurre pensar que vosotras, madres de familia que me escucháis, como diría un predicador que yo conozco, harto echáis de menos en nuestros días un instituto donde a vuestras hijas, amén de otras cosas, les enseñaran como allá en los remotos años de la Fundación de doña María Clemencia.

"Allí vivieron tranquilas y dedicadas al cultivo de las mejores rosas en botón de nuestra sociedad las religiosas de la Enseñanza—escribe el ameno cronista doctor Quijano—hasta aquella noche de salvajes escenas—8 de febrero de 1863—en que cayó sobre ese nido de palomas la soldadesca triunfante en una de nuestras guerras civiles", y hoy sobre los cimientos del viejo caserón que los esposos Aróstegui-Caycedo consagraron perpetuamente para asilo de la inocencia, se eleva el Palacio de la Justicia. ¡Qué ironía la del destino!

No quiero abusar más de vuestra atención, que la paciencia es virtud que se agota, y pues el tiempo apremia, sólo habré de mencionar los otros dos nombres que os ofrecí para completar mi nebulosa visión de la mujer del siglo XVIII.

¡Las dos Manuelas! La Beltrán, salida del pueblo y que arrancó con su dura y descuidada mano el edicto del Socorro, que prendió el fuego revolucionario que ya jamás habría de extinguirse; y la otra, la aristocrática señora Sanz de Santamaría de Manrique, mantenedora de la *Tertulia del Buen Gusto*, donde se formó la generación de la independencia; donde los cantores de ésta templaron sus liras y donde la pléyade de los hombres del 20 de julio aprendieron a libertar su inteligencia para libertar a su Patria.



Doña Manuela Sanz de Santamaría de Manrique, mantenedora de las «Tertulias del Buen Gusto», en Santa Fe.

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 737 950 6

IMPRENTA MUNICIPAL